

Pequeña antología de Alfredo J. Ramos

Este cuerpo de hacerme en la penumbra
para que el ojo vea más allá de la luz
con huesos minerales y arrecifes
poblados de gaviotas.

Voy por su voz a tientas consumiendo
la claridad del crimen
que nunca he cometido,
la saliva del ángel incendiario
que no selló mi puerta
y sin embargo vine
en medio de la lluvia
como un rey desterrado.

Por todas estas cosas que no existen
ni pueden existir,
aunque la noche avance de puntillas
y me bese en la boca del olvido,
voy por el arco iris de la fascinación
con una rosa roja en la solapa
de mi esqueleto arábigo
hasta caer rendido en la penumbra.

Nefertiti me mira

Si pienso languidez asciende amarga
muro de contenciones irritados
los ojos del dolor y más terribles
carniceras grutas.

Porque la tarde quema vaporosa
el espectro en la huida y los lugares
rotos descalzos como niños
de tantos padres y abandono.

Ponme los ojos tan brillantes
que pueda mirarte por los huecos de
los desconchados.

Pues al decir tu nombre la palabra
vertiginosa entre la niebla huye
con el fulgor prendido de sus ojos
loba ceniza de la piel
serpiente.

Lámpara antigua

La primera en la frente
es la esmeralda
conquistada en el sueño.

Me recorre con manos poderosas,
pero tan dulces
que casi no la noto.

Sobre mi piel dibuja
una estela invisible:
guía mis pasos.

Es la mañana abierta
en una habitación desconocida.

El rumor de las olas
en medio del desierto.

La luz que da la nieve.

Resto del Sueño. Rastro.